

el vicio y la maldad, hubo también un Hidalgo sublime y magnánimo, que personificando el derecho y la justicia de aquel pueblo oprimido, cansado ya de sufrir por tanto tiempo su pesado y brutal yugo, lo desencadenara para siempre encaminándolo después con su luminosa antorcha, hacia los hermosos y amplios senderos de la libertad, del progreso y de la felicidad.

México, 1896.

## APENDICE.





I

LA EDUCACION DE LA MUJER. <sup>1</sup>

---

**L**A gran trascendencia de la idea que es hoy objeto de la presente solemnidad, no podría abstraerme de ninguna manera, para tomar una pequeña parte en el regocijo general, que inunda el corazón de todos los hombres, que como yo, desean con vehemencia el verdadero progreso de los pueblos.

Pensar de otro modo sería un absurdo inaudito, dudar de lo que se ve y palpa, sería abrigar una conciencia pervertida, impregnada de sentimientos innobles; más por desgracia, la sociedad presente, aún no se purifica de sus antiguos errores, vive aletargada en el profundo sueño de la indiferencia, contagiada en la impureza de las doctrinas reinantes, dominada todavía por el dogmatismo escolástico, y sin esperanzas siquiera de emanciparse algún día de los antros del misticismo, para remontarse á las infinitas regiones de lo inconsciente. Reflexiones son estas que amargan

<sup>1</sup> Discurso leído por su autor en la solemne inauguración de la Escuela de niñas de Ixmiquilpan, la noche del día 15 de Septiembre de 1889 y publicado después en «El Obrero» de Pachuca.

que hieren lo más íntimo del alma, que exasperan á los que sueñan en la regeneración social. Pero no hay que preocuparse, reconcentrémonos por ahora en la inmensa felicidad que nos embarga, dejemos á los representantes de la cruzada del retroceso derramar lagrimas ocultas de despecho; mientras á nosotros nos sonríe benévolo el ángel de la civilización. Cada conquista del progreso dirigida hacia al perfeccionamiento de la humanidad, es una rencilla de odio que se escapa de los labios de nuestros constantes enemigos; un día de plácemes para nosotros, es día de luto para ellos; la inauguración de un templo consagrado á la ciencia y dedicado á la educación de la mujer, es motivo de rudos sarcasmos, para los que proclaman por ideal la ignorancia de esa tan preciosa mitad del género humano.

Pero repito, no nos preocupen los desahogos de unos cuantos entusiastas, propagadores de las tinieblas; la luz de Oriente esparce por doquiera sus divinales rayos, y la verdad pura brillará más tarde en los anales del porvenir, sumergiendo para siempre en los profundos abismos de la obscuridad á todo rapaz humano que contra ella pretenda rebelarse.

\*  
\*  
\*

La educación de la mujer, Señores, es hasta hoy un gran problema, cuya incógnita no ha podido despejarse. Las opiniones fluctúan; entre la carencia absoluta de los partidarios de la noche eterna; hasta los exaltados utopistas que quieren colocarla al nivel intelectual del hombre. Los primeros sin duda, desconocen el destino humano,

niegan á la mujer sus más sagrados derechos, la apartan de la sociedad para encarcelarla en los oscuros calabozos de un convento, y sujetarla á las irracionales prácticas de un ascetismo exagerado. Allí, la meditación en la vida celestial, lo absorbe todo, se desprecia á la humanidad, se ultraja á la naturaleza y se infringen á cada paso las leyes naturales que escritas se hallan en la ciencia infinita del Creador. Por fortuna en el presente siglo, todo ha cambiado; el convento ha quedado substituído con la Escuela; los grilletes monacales, con la libertad de conciencia; el concubinato religioso con la sublime institución del matrimonio; el estrecho círculo de la fe, con el inmenso horizonte de la razón; que todo lo investiga y lo descubre, al impulso poderoso de la libertad del pensamiento.

La segunda opinión, si no tan realizable, como absurda es la primera, revela cuando menos un gran deseo nacido del noble entusiasmo que anima á sus adeptos, para lograr la emancipación completa de la mujer. Puede desde luego, tomar su asiento en los centros universitarios, participar ampliamente de los goces sublimes que se disfrutan en el gran banquete de la ciencia; ejercer una profesión civil, como la jurisprudencia, la medicina, la ingeniería ó el profesorado; desempeñar cierta clase de empleos en las oficinas telegráficas, de hacienda ó de correos; practicar cierta clase de oficios mecánicos, como la imprenta, la relojería ó la encuadernación, etc., en una palabra, nivelarse con el hombre en el trabajo moral y material, para poder con total independencia subvenir á las más urgentes necesidades de la vida. Tal es, en resumen, la opinión de los que con

justicia pueden ser llamados ardientes defensores de la cultura intelectual de la mujer. Esta teoría, completamente irrealizable, disuelve la familia, arroja del centro del hogar á nuestra incesante compañera, para lanzarla á la vida árdua de los negocios, cambia su verdadero papel de esposa y madre, por los efímeros triunfos que pudiera conquistar, debidos más bien á la adulación de sus admiradores, que no al valor intrínseco de aquellos; desconoce la naturaleza especialmente delicada de la mujer, identificándola con la aspereza propa de nuestro peculiar carácter; en una palabra, le abroga facultades de un poder omnímodo irradiante, que apenas en el hombre permanecen en su estado primitivo y embrionario.

Más dejemos á los escolásticos sumergidos en los insondables abismos de la teología vulgar, con su tradicionalismo ridículo, y su bíblica fraseología, discutiendo sus dogmáticos misterios. Dejemos también á los idealistas soñadores, entregarse en alas de su pensamiento, elevarse más allá de lo etéreo, para confundir sus sueños con la intangible realidad. Descendámos nosotros, para contemplar de cerca á la humanidad terrestre, palpémosla separados en nuestro individualismo, y confundidos con ella en la vida social; estudiemos en la mujer nuestras cualidades y defectos, y comencemos desde ahora, la obra de su regeneración, que no lo dudeis, influirá más tarde en nuestra prosperidad nacional,

\*  
\*  
\*

El sistema actual por desgracia, es lamentablemente malo, aún no llena del todo su objeto;

no solo por el poquísimo desarrollo de su inteligencia, sino también por el completo abandono de la cultura del sentimiento y de la voluntad; se descuida la misión especial de la mujer para el matrimonio, y se le priva de los conocimientos indispensables que reclaman, los imprescindibles deberes de la maternidad. Los padres de familia en su deseo vehemente de seguir las tendencias reinantes, se preocupan bien poco de la verdadera educación de sus hijas, y prefieren casi siempre el gusto por lo *agradable*, que no por lo *útil*, tanto en lo que se refiere al cuerpo, como en lo que se relaciona con el espíritu. Se cree universalmente, que lo importante en la vida femenil *no es ser sino parecer*, ó lo que es lo mismo, presentarse al mundo encubiertas con el velo de la apariencia, aunque en el fondo sean tan despreciables como indigentes, en la cultura intelectual y moral que hacen del bello sexo el ideal más sublime del hombre.

Las consecuencias de esa máxima terrible, adquieren de día en día un incremento notable, la actividad humana todo se consume en el espíritu de dominación que invade poco á poco las conciencias individuales; cada personalidad en su esfera, amplia ó pequeña que sea, procura conquistar el aprecio de sus superiores, y someter á su capricho á todos los que la suerte ha colocado en inferior escala. Mirad al sabio pretencioso, desde su elevada alcurnia, revelar en sus obras un móvil oculto, á fin de llegar á ser admirado por su erudición; el rico y el opulento, pretendiendo deslumbrarnos con el brillo de sus riquezas; el bizoño guerrero, someternos por sus hazañas, con su adusto semblante y su protectora

mirada, En el sexo débil, observad por un momento á la mujer hermosa; vedla pavonearse en su colosal orgullo, altiva y arrogante despreciando al mundo; dirigid vuestras miradas á la falsa dama aristocrática; en su vanidad efímera, menospreciando á otras que no la igualan en la elegancia de su tocado, en el valor de sus joyas, ó en la magnificencia de sus vestidos, pero lo más risible, es la joven educada á medias, oídla en su enfático lenguaje, hablar de la gramática, de la aritmética ó la historia; escuchad como critica sin piedad á las demás jóvenes que por su pobreza intelectual juzga inferiores; la modestia para ella se convierte en altivez, el humo de sus aduladores la hace insoportable, y su saber escaso pronto degenera en una pedantería tan trivial como ridícula.

Y ¿cuál es, en resumen, la causa de esta diversidad de gerarquías sociales? ¿cuál es el origen ó fuente común de donde todas ellas emanan? Desde luego se comprende; no es más que el resultado fatal de la ignorancia; el efecto preciso de la carencia de un sistema racional de educación que prepare á la mujer para el cumplimiento de su destino. Acaso porque conozca el lenguaje de las flores. se haya ejercitado en llevar con gracia un postizo ó á bailar de diferentes maneras, ¿será más juiciosa para resolver las grandes cuestiones que la naturaleza le encomienda en la obra de la educación de sus hijos? Si porque ha leído los centenares de novelas españolas ó francesas que en la actualidad se publican, las producciones del realismo moderno, las biografías de los reyes ó la vida de San Fernando, ¿podrá salir victoriosa en la dis-

cusión que provoque el marido acerca de sus conyugales deberes? Indudablemente que no. De aquí la necesidad imperiosa de que la mujer actual se purifique y perfeccione en la atmósfera de las nuevas doctrinas; que abra su inteligencia á la luz purísima de la verdad, cultivándola en el conocimiento de las ciencias biológicas, pedagógicas y morales, que desarrolle su facultad del sentimiento en el ideal de la belleza por medio de la enseñanza artística; que fortifique su voluntad en la noción absoluta del bien y el deber; en una palabra, que se transforme en la verdadera mujer del porvenir, inspirándose cada vez más en los progresos crecientes que comienzan á realizarse en los demás países del globo.

Organizada así la cultura femenina, es indudable que prepara á la esposa y á la madre en la realización de su destino. En el primer caso, se debe aspirar á la formación de la familia vinculada por los indisolubles lazos del matrimonio, de esa institución benéfica que funde en una sola la dualidad de los sexos, de la misma manera que el alma y el cuerpo se funden en la personalidad humana. El vínculo de la materia no constituye el matrimonio, sino simplemente una de sus manifestaciones, como la unión de las almas sólo establece una relación de amistad entre personas de sexo diferente. El verdadero lazo del matrimonio debe consistir, como dice Ahrens, en la unión íntima de dos personalidades; en la afeción fundamental y armónica por la que una persona se une completamente á la otra; en la comunidad de ideas, de sentimientos y de voliciones. La falta de desarrollo en el pensamiento de la mujer, establece el divorcio intelectual; la

divergencia de ideas en el sentido moral y religioso será siempre la fuente de donde emanen la mayor parte de las desgracias conyugales, cuya trascendencia no sólo se extiende á la disolución del matrimonio, sino también á la completa pérdida de la familia.

En el segundo caso se pretende que la mujer se reconcentre en el sublime recinto del hogar; que penetre su inteligencia en el estudio de la naturaleza humana; que desempeñe con ahinco las importantes funciones de la maternidad, y por último, que procure consagrarse de toda preferencia á la educación física y moral de sus pequeños hijos. A este elevado fin se dirigen los esfuerzos de la Pedagogía moderna, fruto del libre pensamiento y resultado feliz de las constantes elucubraciones de los sabios.

Ampliense desde luego los programas de enseñanza, ministrense menajes adecuados, institúyanse buenos planteles educacionales, y el porvenir es nuestro; veremos pronto realizarse la misión augusta que al Soberano Autor del Universo plugo designar á la mujer.

\* \* \*

Padres de familia: vosotros que os sentís orgullosos de llevar dignamente ese nombre; que anheláis la dicha en vuestros hogares; enviad á vuestras hijas á los templos de la ciencia; aquí tenéis, si no un templo digno de Minerva, si no un edificio suntuoso, sino una envidiable producción del arte arquitectónico, al menos una humilde casa de educación, dedicada á extirpar el error, la deformidad y el vicio, y consagrada al culto de

la verdad, de la belleza y el bien. Felicitemos sinceramente por esta importante mejora, á nuestros representantes en el poder, que gobiernan esta pequeña fracción territorial de la República; hagamos votos fervientes porque el ángel del progreso siga inspirándolos en sus filantrópicas tendencias, y porque en justo y merecido premio á sus afanes, la posteridad más remota venera sus ilustres nombres, levantando un monumento en cada pecho, como emblema de irrecedera gratitud.

Ixmiquilpam, 1889.



## II

### UNA FIESTA EN LA ESCUELA NORMAL.<sup>1</sup>

---

**E**N la conciencia humana existen deberes imprescindibles que son la expresión genuina del sentimiento de la gratitud.

Cada ser dotado de razón, á medida que eleva su espíritu y lo nutre con la savia fecundante de la ciencia, comprende cada vez mejor su misión sobre la tierra, y tiende desde luego á realizarla.

El hombre actual, que reconcentra toda su vitalidad en su cerebro, forma una antítesis perfecta con el hombre de siglos anteriores que la absorbía su potencia muscular.

La humanidad se muestra hoy ya transformada, camina hacia su ideal, marcha hacia adelante, olvidando los errores del pasado, proclamando los principios del porvenir.

Las luchas titánicas de ayer que se resolvían á sangre y fuego en los campos de batalla, hoy son pacíficos combates cuyos campeones son los

<sup>1</sup> Pequeña alocución pronunciada por su autor en el salón de actos de la Escuela Normal de Profesores, con motivo de la distribución de premios á los alumnos de la Escuela primaria, el día 5 de Mayo de 1891.

hombres ilustrados que destruyen con las poderosas armas de la inteligencia, las débiles barreras que les opone la ignorancia.

El resultado es evidente. La verdad pura con sus fulgurantes rayos, ilumina la conciencia, desaparece, el error ocultándose en sus tenebrosos abismos, y el deber surge imponente, majestuoso, dominando al mundo.

Hé aquí, señores, delineada en pocas palabras la metamorfosis que se opera en el desenvolvimiento de una idea.

El hombre prehistórico, ó sea el animal racional errante de las selvas, apenas se apercibía sin duda de su propia existencia; su sociedad era su individuo, sus enemigos el universo entero.

A esta idea salvaje sigue la tribu, sin hogar, sin patria, con débiles vínculos entre sus miembros, con sentimientos nulos de unión para con las demás tribus. La destrucción, la guerra, tal es su ley.

Siguen los bárbaros, hombres poderosos que vagan de aquí para allá, destruyendo, aniquilando; pero llevando consigo el germen del progreso y fundando las primeras bases estables de los primitivos pueblos.

La antigüedad se presenta después, esparciendo los primeros destellos de una civilización prematura; se organiza en pequeñas naciones vigorosas y fuertes, con su propia autonomía, pero sembradas siempre de un odio profundo hacia las demás naciones. Allá el Oriente con su régimen brutal de castas. Grecia y Roma con su repugnante esclavitud, y conspirando cada vez más á la opresión bárbara del débil. El extranjero era un ser degradado, sin Dios, sin derechos, sin li-

bertad, sin amparo internacional, sin nada humano. . . . .

Aparece el cristianismo como una institución sublime y regeneradora, como el emblema de la caridad, como el arma destructora del egoísmo, como la antorcha luminosa que alumbra más allá de las fronteras que limitaban á aquellos pueblos degradados y envilecidos. El cielo de la humanidad aparece espléndido y sereno, inmensos horizontes se presentan á la razón para sus investigaciones futuras. Mas los momentos de transición no se hacen esperar por mucho tiempo; los intérpretes del cristianismo en su criminal afán de dominar el mundo, en su febril vehemencia de convertir al hombre en siervo de los papas, en su ambición odiosa de explotar al género humano y despojarlo de sus bienes, lanzaron á la opinión una ridícula estratagema, que obligó á muchos creyentes á separarse de sus gremios, sembrando la discordia y estableciendo la risible distinción de cristianos y herejes.

De esta revolución surge el Renacimiento que nos anuncia una nueva era de paz y de progreso. El espíritu humano, libre ya de sus cadenas; el ascetismo moribundo; la libertad brotando del fondo obscuro de los claustros; el pensamiento humano surcando atrevido las regiones de lo desconocido; la ciencia elevándose por cima de las preocupaciones vulgares; el arte interpretando fielmente la naturaleza; la religión fundándose sobre concepciones más profundas y principios más amplios; el derecho estableciendo con evidente claridad las relaciones jurídicas entre las personas, entre los ciudadanos y entre las naciones; la industria asombrándonos con sus maravi-



llosos descubrimientos, sustituyendo la *bestia humana* con los elementos naturales; la agricultura extendiendo sus admirables producciones en todos los terrenos y en todos los climas; en una palabra, la actividad humana antes sólo latente, hoy se manifiesta real y verdadera, invadiendo todas las esferas de la sociedad, desde la familia hasta la comunidad cosmopolita.

Felizmente nuestra amada patria ha seguido paso á paso, y sin que vacile un momento, las inmutables leyes de la evolución histórica por la que han atravesado las demás naciones. México es en la actualidad un país joven, pero lleno de virilidad y energía; venero de riquezas; germen fecundo de donde brotarán más tarde todos los elementos de prosperidad y progreso de que es susceptible, y de los que constantemente ha dado pruebas en los diferentes certámenes internacionales que se han verificado en el presente siglo.

Hoy solemniza uno de sus aniversarios más gloriosos; recuerdan sus hijos con agrado el triunfo que obtuvieron sus mayores en la célebre jornada del 5 de Mayo, defendiendo sus derechos ultrajados por el rudo despotismo de un monarca; juzgan hoy sin pasión á los que entonces quisieron despojarnos de nuestro patrio suelo. Mas la historia ha dado ya su fallo; dejémoslos en paz, respetemos su memoria, perdonemos sus errores. . . .

La Francia de hoy es nuestra hermana, nos brinda generosa su amistad, colaboremos con ella en la obra magna del progreso humano, enviémosle desde aquí nuestro más cordial saludo.

Y vosotros, queridos niños, que alegres y gozosos frecuentáis este augusto templo de la ciencia, continuad como hasta aquí, purificando vues-

tro espíritu en el crisol del saber, seguid disfrutando y saboreando los benéficos frutos que la patria os ofrece; acudid presurosos á recibir el óbolo con que ella os premia vuestros afanes y desvelos; tributad un justo homenaje de respeto y gratitud á nuestros héroes y caudillos; imitad la abnegación de aquel anciano venerable que sacrificó su vida por legarnos libertad y patria, las virtudes cívicas de aquel intrépido Morelos, de aquel Guerrero indómito, de aquel sublime Bravo. Respetad también llenos de profunda veneración la memoria de los héroes de nuestra segunda independencia: del benemérito Juárez, del inmortal Zaragoza. . . . .

¡Ojalá que esta sencilla fiesta de familia, que sólo tiene por objeto distribuir premios entre los alumnos que de vosotros se distingan por su aplicación. ¡ojala! repito, sirva de estímulo á vuestros compañeros para que más adelante se hagan acreedores á llevar el honroso título de buenos hijos, virtuosos padres de familia, y excelentes ciudadanos! . . . . .

México, 1891.